

AMOR, SEXUALIDAD Y EROTISMO FEMENINO

FLORENCE THOMAS

La autora es psicóloga de la Universidad de París, en donde hizo una maestría en Psico-sociología. Es profesora asociada en la Universidad Nacional (Dpto. de Psicología) y autora del libro *El macho y la hembra* publicado por la Universidad Nacional, Bogotá, 1985.

(Tomado de la Revista Universidad Nacional N° 3 Bogotá 1991)

Si escogí el presente tema para desarrollarlo en el temario de las jornadas sobre "Mujer y Sociedad", es tal vez por su importancia en nuestras vidas y paradójicamente por su dificultad de reducirlo a una "investigación" tal y como ella se concibe en el ámbito universitario.

Sin embargo y plenamente consciente del riesgo que asumo, quiero que el amor, el erotismo y la sexualidad femenina estén presentes en la temática de las jornadas. Aún más, pienso que es un atrevimiento de mi parte, pues primero que todo no soy hombre, y en general desde hace miles de años son los hombres los que disponen de la sexualidad femenina y, por consiguiente los que hablan de ella. Prueba de ello son la gran cantidad de textos, manuales y tomos escritos por psiquiatras, sexólogos y toda clase de pensadores, que con toda seguridad, por cierto, tratan de explicarnos "como funciona" la sexualidad femenina... algunos de ellos logrando encerrar conceptos tan complejos como curvas estadísticas, en cifras,



Nada es más difícil que reconocer la libertad del otro, sobre todo cuando el otro es una persona que se ama y se desea, por eso Amar es el riesgo de querer al otro en su libertad, esperando sólo la fidelidad que él se debe a sí mismo.

en normas y leyes, decidiendo sobre lo normal y lo anormal, definiendo, categorizando, emitiendo, en fin, teorías completamente reduccionistas frente a ese particular encuentro de lo real, lo imaginario y lo simbólico que es la experiencia amorosa en su conjunto. Y allí

encuentro la otra cara de mi atrevimiento: no tengo investigación alguna para hablarles hoy del amor, del erotismo y de la sexualidad femenina. Sólo tengo la certidumbre, tal vez la única de haber amado. Las huellas están allí y se que es gracias al amor que tengo por fin la cara que merezco. Entonces le robaré un espacio a la academia para recordarle que existen todavía muchos saberes que escapan a este acercamiento hipotético-deductivo de la realidad, recordarle que existen otros caminos, más lenguajes, diferentes códigos para acercarse a los fenómenos de las ciencias humanas y que la escogencia del camino poético, por ejemplo, para hablar del amor o del erotismo no es en ningún momento menos riguroso científicamente. Sólo es otra sintaxis, otra semántica, otro código, nada más.

En otras palabras lo que voy a contar a continuación sobre el amor, el erotismo y la sexualidad femenina no tiene valor de ley, ni pretende normalizar; sólo se presenta hoy como posibilidad... y me gustaría además que ustedes la reconozcan como posibilidad femenina.

A pesar de lo artificial de separar el amor del erotismo y de la sexualidad, les hablaré primero del amor y después del erotismo y de la sexualidad femenina.

Es difícil hablar de amor, pues el amor no se deja hablar y la impotencia del

lenguaje se encuentra en el centro mismo del amor; no se habla del amor sino "después de"... claro está que no me refiero al amor libresco, a ese amor que interiorizamos a través de nuestra educación, de la religión, de los libros de la escuela, del insípido amor del discurso de la televisión, de las de las radionovelas, de las fotonovelas, de las canciones de Julio Iglesias, del amor del cine comercial o de todo ese amor-condimento de la sociedad de consumo. Todas esas cosas del amor que terminan con confundirse con el amor a las cosas y por tener un rostro monstruoso reflejando posesión, consumo, celos, individualismo, dependencia, egoísmo y arribismo; ese amor-útil, ese amor capital, parágrafo del código civil, ese amor de revista Comopolitan que nunca se separa de las tarjetas de crédito, ese amor-receta.

No; hablo de ésta revolución súbita, de ese cataclismo irremediable que sólo el lenguaje de los poetas, del inconciente, de lo imaginario, de la locura, puede acercar.

Hablo del amor que rechaza siempre un cierto orden establecido y del discurso que lo racionaliza, del que quebranta las leyes humanas porque el amor se encuentra siempre en el lugar de ruptura del orden social... el que aceptamos como el más grande albur de nuestras vidas sabiendo siempre que la muerte nos espera en la esquina; de ese amor aprendizaje y ejercicio de la libertad. El otro el amor consumo, no es sino una mitología

on sus amuletos y sus ritos
destinados a conjurar el miedo a la
sociedad.

Pero para hablar del amor es
necesario retroceder al principio es
nuestra memoria, nuestra infancia,
nuestro inconsciente, porque cuando
nos encontramos con "ese otro para
amar", tenemos ya una historia, otra
historia de amor que no podemos
borrar, querámoslo o no.

El amor es para el hombre el fantasma
del re-encuentro con una madre, pero
esta vez una madre no castradora ni
posesiva; y para la mujer un
encuentro con el sueño precursor
del deseo. en éste sentido estamos
repitiendo de una manera u otra
comportamientos que tuvieron origen
en nuestra infancia y que dejaron un
sello indeleble en nosotros. Allí
probablemente está la clave para
entender porqué los hombres temen
tanto a las mujeres que aman,
obsesionados por lo que les tocó
vivir en su infancia, obsesionados
por ese primer amor a su madre en
una sociedad profundamente
machista que confió ambiguamente
todo el peso de la educación y de la
socialización de las mujeres... Miedo
insuportable de sentirse de nuevo
enclaustrados, atrapados por una
mujer posesiva que los castraba de
toda expresión de ternura,
enseñándoles desde el principio a
ser machos; y para ellos el amor casi
siempre será nostalgia; y para
nosotras, miedo a no ser lo

suficientemente amadas y deseadas,
reiterando también nuestra vivencia
de un Edipo no satisfecho, puesto
que no pudimos encontrarlos, o tan
difícilmente a través del sueño de la
madre, con un padre, único capaz de
afirmar un narcisismo deficitario de
construir en una cultura fálica.

Si, ahí reside uno de los dramas del
amor; allá en nuestra infancia, en la
vivencia de nuestro primer amor.
Ustedes los hombres con una mujer
demasiado presente, nosotras las
mujeres con un padre demasiado
ausente, demasiado soñado. Drama,
porque desde entonces no, soportan
el menor indicio de posesión, de
exclusividad, de encierro... drama que
los volvió mudos, como paralizados
por una especie de miedo demencial
a las mujeres que aman, como si las
palabras los comprometieran
demasiado. Drama que nos explica
también, por lo menos en parte, por
qué nosotras buscamos sin descanso
su palabra tranquilizadora, que nos
ayude por fin a sentirnos sujeto
deseado; porque necesitamos
explorar su amor, cuestionarlo sin
cansancio, para reafirmar una
identidad tan difícilmente contruida y
encontrarle por fin un valor a esta
feminidad tan negada en un mundo
hombruno hecho a la medida
masculina.

Pero el amor es también cuando tengo
ganas de dormirme en tus ojos, de
acostarme en tu cuerpo, de buscar
oxígeno en tus labios y de encontrarme

en la soledad de tus huesos; deseos de que ames con todos tus músculos, ganas de pasear en tu masculinidad cuando se vuelve femenina.

El amor es también cuando te basta abrir los brazos para que yo encuentre la medida de todo, de la ternura, de la sin razón, de lo posible por fin posible; es cuando me basta seguir tu huella en mi piel para entender que el momento se torna eterno, cuando nos decidimos a vivir el presente, el instante, el ya.

El amor es también cuando quisiera alejarme de este camino tan difícil que hemos escogido; cuando todo lo que deseo es darte una cita en el centro, en esa esquina, ¿recuerdas?, como cualquier mujer enamorada, para comer un helado contigo y verlo derretirse como el mismo amor sin entender por qué y creer que mañana existe, y llenar mis días devastados de cotidianidad contigo, hacerte pequeños engaños bajo grandes promesas y decirte: "Tú siempre... yo nunca"... con un cierto guiño del ojo que niega lo dicho, ya que compartimos un lenguaje que no habla con palabras.

Pero no, tú eres el hombre y yo mujer, y sabemos los dos que mañana es tan sólo una posibilidad y que el amor se alimenta ante todo lo presente, de honestidad y odia las promesas, los engaños y el calendario.

Entendemos que el amor es la

revelación de la libertad ajena y como dice Octavio Paz, nada es más difícil que reconocer la libertad del otro, sobre todo cuando el otro es una persona que se ama y se desea. Amar es atreverse a querer al otro en su libertad única fidelidad que deberíamos aprender a exigir del otro es la fidelidad a él mismo. Es duro y largo comprender que sin riesgo no hay amor; es duro y largo comprender que el amor no otorga ningún poder, ninguna apropiación y aceptar que el cuerpo, los músculos, la piel, la biología están ahí ligando las caricias y se penetran; pero que la historia, el pasado y la memoria son impenetrables.

Sin embargo, ese aprendizaje paulatino del amor como reconocimiento inaplazable de la libertad del otro, significa también opción y escogencia; escogencia cuando uno reconoce al otro y a nadie más en el sabor de un presente fugaz; cuando uno siente frío al lado de los otros porque nuestra piel aprendió a tibiarse en el deleite de otra; cuando se puede nombrar al otro y sentir que es un acto de libertad. El amor enjaulado, encarcelado, se muere pues necesita que todos los posibles sigan presentes en cada momento. Elegir carecería de sentido si no se realizara cada mañana y dentro de los espacios ilimitados de la libertad.

Pero nosotras la mujeres sabemos por qué a los hombres les aterroriza

escoger : les gusta demasiado seducir. Un ambiguo sentimiento de abandono les ha enseñado desde siempre que para poder reconocerse como hombres deben excluir, a como de lugar, la posibilidad de un "NO". Aprendieron a cubrirla desintegración de un rechazo con la capa de la seducción y con el dominio de las mujeres. En este sentido afirmo que los hombre no saben amar a las mujeres. Aún no. Las buscan, las desean, las seducen, las vencen, no las aman. Pero hombres, el día que acepten dejar tras de ustedes un poco de ese poder de seducción, seguramente fascinante, encontrarán entonces algo nuevo, todavía no imaginado porque no existe aún y es necesario que lo inventen. Algo para mí fundamental en ese cambio de nuestras relaciones mutuas : descubrirán simplemente la amistad. Entenderán entonces que las mujeres pueden ser amigas tuyas y no sólo espejos y objetos de sus deseos. Si, cuando los hombres descubra el valor de la amistad de las mujeres, les aseguro que muchas cosas cambiarán.

Entre otras cosas eso significará para nosotras empezar a dejar de mirarnos como lo hemos hecho desde siglos, como rivales, en lugar de descubrir la complicidad y la solidaridad. Por fin saldremos de esa ambivalencia en la cual ustedes nos han encerrado siempre : no hemos podido ser sino puta o madre; putas o madres tuyas, pero nunca amigas tuyas. Dice

Estanislao Zuleta que si los hombres no son capaces de encontrar en la mujer la amiga, ella nunca dejará de ser santa o puta, imagen de la vida o imagen de la muerte, imagen de la luna inaccesible o imagen del abismo.

Finalmente es difícil hablar del amor sin hablar del desamor, o de la muerte del amor. Es como la vida que no se deja hablar sin su contrario necesario, la muerte. El amor, como todo lo que es vital, muere y esto es necesario aceptarlo a pesar de la enorme dosis de desamor que representa ese desamor; ese largo y oscuro túnel del cual nos tocará salir sin odio, sin amargura... sabiendo que ese dolor de hoy será el único testigo de nuestro amor, el único que nos otorga el derecho de hablar de él; como lo expresaba al principio, siempre se puede hablar del amor "después de" ... y como siempre encontramos un sabor de muerte en el más grandes de los amores, encontramos también una luz en el fondo del más oscuro túnel. Es difícil aceptar eso a los 20 años, es de una evidencia transparente a los 40.

Si el amor es difícil y exigente porque se alimenta de inteligencia, de deseo y de tiempo para el otro, tres brebajes que no pueden mezclarse sin una enorme dosis de ternura; disponibilidad, inteligencia, deseo sobre una playa de ternura.... Mezcla misteriosa, clave para descifrar la única sintaxis que le conozco al amor: honestidad y entrega al otro y fidelidad